



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60. Apartado 547.—Teléfono 1843.
Telégrafo LIBROJA. Horas: de 9 mañana á 4 tarde.



MARCA
REGISTRADA

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

EDUARDO ZAMACOIS

La duda.

JESUS ACEDO

A una futura «estrella».

DIEGO SAN JOSÉ

El más justo juez.

JERÓNIMO GÓMEZ

Humoradas.

CESAR JALON

Por el art. 29.

JOSÉ LEBRÓN

Botón.

TOVAR Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de
Marina.

MARINA

De las «Mari-Marina».

Balla maravillosamente, es guapa.. ¡Dios mío!, ¿por qué serán
tan ricas las mujeres?..



5 cénts.



La felicidad, está al alcance de todos los hombres; lo difícil es saber buscarla.

Esta frase, verdaderamente lapidaria, no es mía, es del doctor Bombarde, ó sea del hombre de más cabeza de los actuales tiempos, dicho sea para conocimiento, ya que no para envidia, de algunas descontentadizas señoras; si bien es cierto que las hay tan bondadosas que, dispuestas á dar la felicidad á los hombres, no cesan en su

laudable labor de buscársela, por [todos los medios que están á su alcance.

Para la mujer no es tarea tan difícil como el doctor Bombarde supone, el encontrársela; como haya por su parte un poco de buena voluntad, es suya inmediatamente.

¡Y si supiesen qué fácil les es darnos gusto!

Ya lo han visto ustedes con esa moda de los sombreros búlgaros; la novedad, bastó para que todas, incluso las feas, nos resultasen extraordinariamente hermosas, y ahora nos hallamos á punto de enloquecer de emoción con los velos que empiezan á gastar y que las da un aire de sultanas que atolondra de placer.

Yo cuando me echo á la cara una criatura de esas, con la barbilaya y la boquita tapadas por fino velo de seda, al objeto de que destaquen más los ojos, me las imagino miembros del harén de cualquier rajá... y exclamo: ¡qué «rajé» tan admirable debe de tener esta odalisca.

Porque es un estimulante el velo para velo demás que esté tapado, y comprendiéndolo ellas, procuran con sus coquetonas insinuaciones, hacer más deseado el misterio que la gasa encierra.

Después de todo, bien hacen para no correr el riesgo de que les ocurra lo que á esa ingenua artista del teatro Nuevo, que tuvo la candidez de invitar al público á que comprobase la autenticidad de sus exuberancias naturales.

—Vean, ustedes, qué mórbido... que *m'orbido* de tapármelo —decía en andaluz cerrado, y ¡clarel por muy cerrado que lo tenía por poquito se lo dejan abierto á los cuatro vientos.

No se puede tener sinceridad sobre el «tablado», entre otras razones, por ser un tiempo pasado: si fuese sobre el «*t'hablaré* luego», ya sería otra cosa.

Lo cierto es que el rasgo de la linda artista ha sido causa de que ya hayan ordenado á las de su género que lo de las



La cocinera.—Bueno, señorito; si se está usted quieto, se lo daré á probar; pero como está tan caliente, teme que se abra la lengua.

El señorito.—La tengo acostumbrada á todas las temperaturas.

EN EL BAILE



El.—¡Cuánto daría yo por sentarme entre las dos!...

Ellas.—Entre las dos, cien pesetas.

pruebas se dejen para mejor ocasión y, la verdad, han vuelto á ponerse un poco lacios esos espectáculos donde se cultiva el naturalismo á telón descornado.

Pero señor, ¿no dicen que hay que llevar la realidad, por desnuda que sea el teatro? ¡Pues qué cosa más real que demostrar al respetable público que lo que se le presenta es auténtico! ¿Y que hizo sino enseñar la verdad completamente desnuda esa bella joven Sara del Monte?

Ya estamos cansados de que nos den el timo de los perdigones con postizos y suplantaciones de lo más apócrifo que puede imaginarse y la chica hizo muy bien tomar la cosa en serio y dar el pecho con valentía.

¡A ver si van á creer que es mejor, lo que venía haciendo el fresco americano del Sur, recientemente detenido en Nueva York!

Según los telegramas, el tal sujeto provisto de una jeringuilla llena de cloral se dedicaba á ir á los cines y eligiendo una espectadora guapa, ocupaba el asiento contiguo.

Cuando estaban en plena película y en no menos plena oscuridad, ¡zás! el socio le metía un pinchazo á su vecina, inyectándole el cloral de la jeringa, que en el acto producía el desvanecimiento de la interesada y aprovechando esto decía á los

que venían en auxilio de la privada que ésta era su esposa y se la llevaba en un coche. Imagínense ustedes para que se la llevaría el fresco del americano del Sur.

La pobrecilla, al volver en sí se daba cuenta de que la habían inyectado un jeringazo, pero el villano autor de la felonía estaba ya quién sabe dónde.

Si el ejemplo de ese vampiro de América tiene aquí imitadores, va á ser terrible.

EMOCIONES FUERTES



—¡Y yo sin saber una palabra!... ¡Claro, si la bajada natural, de cabeza en línea recta, ya la produce á una casi angustia, con la bajada en espiral se le debe poner á una el hígado lleno de piedras!

Porque es lo que dirían con razón las perjudicadas:

—Bueno que la claven á una la jeringa; pero que al menos sepa quién se la ha introducido.

Un pequeño REPORTER

EL COMISARIO GALANTE

(Sucedido al detener á la querida de un caterista, mujer peligrosa).



Ella —Le advierto á usted, señor comisario, que yo soy una brava que selas ha tenido tiesas con los policías más célebres del mundo.

El comisario.—Pues para tenérselas tiesas conmigo no hace falta ser brava, basta con ser guapa.

La duda Julio oyó aquella espantosa revelación sin que sus músculos faciales se alterasen; todo quedó reducido á un ligero estremecimiento de cejas: tenía los dientes convulsivamente apretados, el rostro lívido, los ojos dilatados, rabiosos, inmóviles, con

la desesperante fijeza de esos mascarones trágicos que adornan el remate de las columnas. Luego preguntó en voz baja, apenas inteligible:

—¿Cómo se llama?...

—Lo ignoro —repuso Víctor—; sólo he podido averiguar que ahora no está en Madrid, y que tu mujer le escribe diariamente. Las cartas las lleva ella misma á Correos, entre cinco y cinco y media de la tarde...

—¿Lo sabes tú con certeza absoluta?

—Sí.

—¿Por quién?...

—Por mis propios ojos, que ayer la vieron entrar en un estanco de la calle Carretas y luego acercarse á Correos y echar una carta... ¿Comprendes?... De lo que nuestros sentidos perciben con tanta claridad es imposible dudar...

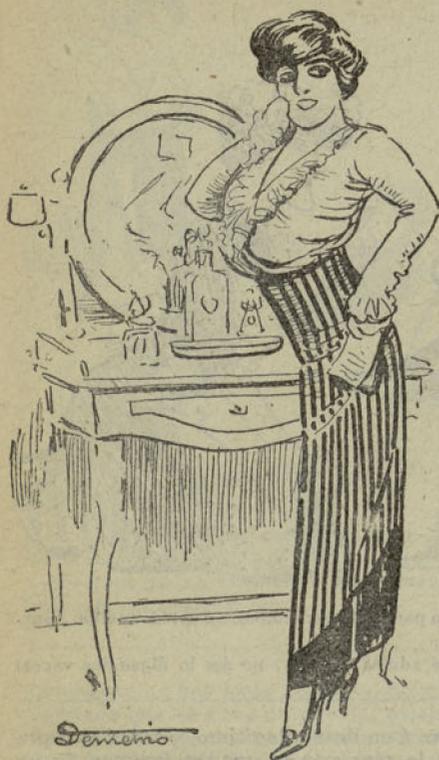
Victor se había levantado, y cogiendo á Julio entre sus brazos...

—Te hice —dijo— mucho daño; lo sé... pero en estos momentos las contemplaciones y los eufemismos están fuera de razón. Los afectos denigrantes, como los órganos enfermos, deben extirparse; cuando un órgano se hella picado de gangrena, se corta, cuando una pasión infame empieza á gangrenar al alma, debe arrancarse también, aunque el alma se rompa.

Julio miraba á su interlocutor sin pestañear. Víctor continuó:

—Eras mi mejor amigo, mi único amigo, mi hermano; tu felicidad, es mía; tu honor, mío también... Pues en nombre de ese honor, árbitro y Dios de nuestros actos, te

LAS QUE REGISTRAN LOS BOLSILLOS



—¡Ah grandísimo ladrón! ¡Conque una cita, y de una bailaora! Así me decía la otra noche ¡Arsá y toma!

ruego que compruebes por ti mismo la falsedad ó certidumbre de lo que acabas de oír y procures que el escándalo no trascienda: es preciso que dejes á esa mujer...

—¡Dejarla! —repitió Julio estremeciéndose como ante algo horrible en que no se ha pensado—; dejarla... ¿y si no puedo?

Las cejas de Víctor se fruncieron coléricas.

—¿Cómo no? —dijo—; mañana por la tarde vete á Correos; cuando Adela se acerque al buzón para echar su carta, le sales al encuentro y se la quitas; luego la lees... la lees aunque se te parta el corazón, y así sabrás quién es y dónde vive tu enemigo... El convencimiento de tu deshonra te dará bríos...

Julio permanecía inmóvil, con la cabeza

caída sobre el pecho; sus brazos colgaban á lo largo del cuerpo como miembros inútiles para la venganza.

—Y si después de saberlo todo —agregó Víctor— con certidumbre inquebrantable, eres débil y no puedes dejarla... ¡mátala!... Mátala, sí; po que ni el honor ni el cariño consienten que sea para otro lo que no pudo ser para ti...

Continuó hablando, probando la necesidad inaplazable de lavar tanta mengua. Después, al ir á marcharse, repitió:

—¿Irás á Correos?

—Sí.

—¿Y tendrás valor para vengarte?

—Sí —repuso Julio exaltándose—; sabré vengarme, no lo dudes. En estos tranques supremos, la mano del hombre más pusilánime no tiembla...

¶

Aquella noche Julio Monsalve la pasó sumido en una meditación dolorosa y es-



El viejo.—¡Picaroncilla, estelunar es pintado; al tocarle con la punta de la lengua se ha borrado!...

Ella.—Ese sí, pero tengo otro que si lo tocas con la punta de la lengua se pone encendido de color.

¡MALO, MALO... MALO...!



La doncella.—Yo no sé cómo hay zapatero que tenga paciencia para tomarla á usted medida... porque yo, que soy mujer... pierdo la serenidad.

La señorita (haciéndose la enfadada).—¡Ay, hija, qué aduladora eres.. no me lo digas dos veces!

téril. Junto á él, Adela dormía con el sereno reposo de los buenos: sobre el embozo de la colcha aparecía su garganta mórvida y blanquísima y sus hombros desnudos; sus rojos labios entreabiertos, semejantes á los bordes de una herida adorante y piadosa, alentaban tranquilos; los rubios cabellos desparramados sobre la almohada, envolvían la inocente cabeza de la estatua en un nimbo de oro.

Julio, apoyado sobre un brazo, en la actitud de un hombre herido, miraba á la joven fijamente, queriendo adivinar el crimen en su frente de mármol, blanca y fría, y en sus ojos cerrados...

A veces creía que su amigo Víctor tenía razón: era necesario verlo todo, conocerlo todo, hasta lo más repugnante; la certidumbre de su humillación fortalecería su brazo y daría crueldad á su venganza. La duda es horrible; no saber si aquella boca mentía al jurarle amor, si aquellas manos que él cubrió de besos se habían enlazado á otro cuello que el suyo, si aquel cuerpo que el amor y la religión y la ley le entregaron se avilantó dando

paz á un deseo ilegítimo, y tener siempre en la memoria la imagen borrosa de un hombre que escarnecía desde la sombra la santidad de su amor, es martirio ineluctable, suplicio dantesco, que mata poco á poco.

—¡Oh, sí, sí!... —murmuró Julio Monsalve—; prefiero averiguarlo todo de una vez...

Y en aquel momento, obediendo á un repentino sentimiento contrario, su tímida voluntad de hombre enamorado ciegamente, tuvo miedo de comprobar la certeza de lo que Víctor le había dicho. ¿No era horrible también destrozar de un solo golpe su ídolo y descubrir el pus que infeccionaba el sano idilio juvenil de sus amores?... Hay verdades espantosas, mortales, como un hachazo en el corazón. Era preferible dudar; el que duda cree á veces y á ratos niega; en la duda hay ilusiones y desesperanzas, momentos de alegría y de dolor; es la vida misma, en fin, buena y mala, que va y viene y muere y renace sin aquietarse jamás, como artista descontento de sus propias obras. En la



Ela.—¡Siempre estás con la pipa entre los dientes!

El.—¡Pues cualquiera te entiende; porque muchas veces es a petición tuya

naturaleza no hay nada absoluto, definitivo; nada que no sirva de puente, eslabón ó tránsito, á una metamorfosis ulterior, que viene á servir de enmienda ó corrección á la precedente: la vida es una duda del cosmos; dudar, es vivir...

Al día siguiente, no obstante, entre cinco y cinco y media de la tarde, Julio Monsalve avizoraba la llegada de Adela oculto en un portal. Desde el sitio en que estaba veía Correos, con su sólida y triste fachada de edificio antiguo, y sus dos buzones; aquellas dos cabezas de león cuyas enormes fauces abiertas habían devorado tantos idilios, tantas cartas comerciales, lacónicas y frías, tantos poemas embusteros de pasión. ¡Oh!... ¿Habrá algún amante que no tenga de qué acusarse ante los leones de la calle de Carretas?...

Julio miraba hacia la Puerta del Sol, creyendo vislumbrar á Adela en todas las mujeres que se acercaban: á veces se alegraba de encontrarse allí; otras lo sentía...

De pronto la vió... Caminaba deprisa, deteniéndose á cada momento y mirando hacia atrás, para convencerse de que no la seguían; luego entró en un estanco... Julio sintió que toda su sangre refluía al

corazón y parecióle que la tierra vibraba bajo sus pies; pero su voluntad se impuso al cobarde desconcierto de sus nervios y continuó mirando... Adela había salido del estanco y atravesaba la calle llevando una carta en la mano. Ya no cabía duda: la prueba irrecusable del adulterio estaba allí, y la pasión y el honor ofendidos exigían ir por ella... Julio Monsalve, automáticamente, como obedeciendo á una mano invisible que le empujase por la espalda, cruzó la calle también: tenía miedo; en el fondo deseaba que Adela llegase al buzón antes que él; algunos pasos más allá, los dos leones esperaban con sus insaciables bocazas abiertas...

En el instante de ir á echar la carta, Adela levantó los ojos y al ver á Julio Mon-

ARREGLANDO EL BAUL



Una.—¿Es esa la falda que te pusiste el día de lo de Ricardo?

La otra.—Esta es, pero, en realidad, lo que hice ué qui'árme'a.

A LA HORA DE LA DIGESTION



—¡Ay lector; averigua las señas de mi domicilio por lo que más quieras!

salve, en pie delante de ella y lívido como un muerto, lanzó un grito de horror.

—¡Bres tú!... —murmuró.

El terror había paralizado sus movimientos; tenía la mano apoyada sobre la mandíbula inferior del león y, sin embargo, sus dedos agarrotados por el miedo, no podían dejar caer la carta acusadora.

—¿A quién escribes? —preguntó Monsalve sin poder dominar su emoción.

Sus brazos también permanecían inmóviles, una dolorosa sensación de frío agítaba su cuerpo, su pobre corazón, presintiendo un golpe brutal, se estremecía ante la perspectiva de saberlo todo y de ver morir de repente sus ilusiones.

—¿A quién escribes? —repitió.

—A... s... una amiga —repuso Adela balbuceando.

Aquella disculpa estúpida y trivial resonó en los oídos de Julio Monsalve como un acorde dulcísimo. Adela escribió «a una amiga...» ¿Por qué no?... Y, sobre todo, ¿no tenía tiempo para cerciorarse de lo contrario?

—Bien —dijo fingiendo admirarse de que su mujer permaneciese en aquella actitud; —¿en qué piensas? Echa esa carta de una vez...

Ella abrió los dedos y ambos oyeron el suave rozamiento con que el sobre se deslizaba por la garganta del león. Después se miraron, diciéndose todo con los ojos, satisfechos de haber enterrado el crimen juntos.

—¿Te habías asustado? —preguntó él sonriendo.

—Sí, lo confieso... Iba distraída y como te acercaste así tan de súbito...

—¡B-h, tonta! —murmuró Julio Monsalve bajando los ojos—; todo ello fué una broma...

Eduardo ZAMACOIS

A una futura "estrella"

Aunque sea tu voz cual la de un loro y tengas menos arte que un cochero y vistas con peor gusto que un moro sin cuidar la elegancia ni el esmero, tendrás bastante para hacerte de oro con exhibir un buen cuarto trasero, prescindir por completo del decoro cantar un «couplet» sucio y grosero; pues si á la escena sales en pelote, el público que paga y alborota no discute que valgas ó no valgas y tolera tu voz aguardentosa á cambio de tu danza voluptuosa y del vaivén ligero de tus nalgas.

Jesús A CEDO

El más justo juez

Cuento para niños mayores

de cincuenta años.

Pues señor, que esta era una buena moza destas que llaman del partido, pero de la mejor marca en su clase. De-



El niño.—¡Uy cuánto te quiero Tomasa!

La Tomasa.—Y yo á ti. ¡Como que te he visto nacer!

El niño.—¡Pero entonces era muy chiquitín; si me vieras despacio ahora!...

cianle la *Velucilla*, porque siempre veludo del más caro vestía. y era en todo el porte de la persona. así por dentro como por fuera, cual si dijéramos perla engarzada en platino.

Muy solidas fortunas había dejado por los suelos y nadie podía vanagloriarse de haberla medido á lo largo (ahora que ya estaba como quien dice en la cumbre de su piadoso oficio), por menos de muchos cientos de reales.

Fué el asunto que á la ciudad en que la

tal vivía, cuyo nombre no hace al caso sacar á cuento, cayó de paso un piquete de guardias valonas, que allá esperaba el tiempo oportuno para trasladarse al Milanesado.

El aférez que los mandaba era devoto de la carne de falda, rayano en el fanatismo, y bien lo mostraba en la contextura, que no advertiansese más de ojos para desnudar al través de randar y puntillar, y manos ágiles y temblonas para explorar lo que había tras de cada mirada.

Topó una tarde con *Veludilla*, y luego quiso hacer con ella las corbetas que con las de su clase y condición acostumbraba.

Tomóle la tal pulso á las faltriqueras del hambriento galán, y viendo lo *pegasas* que estaban, díjole que llamase á otra puerta, que ella era manjar para marido con cubierto de oro. Quejóse y ce-



La Meneitos.—¡Qué bien calzá voy, señá Agapita!...

La señá Agapita.—¡Pa chasco ca'ciendo la vida cáces no estuvieras bien calzá entodavía.

LA LECCION DE PINTURA



El profesor.—Querida condesita; siento no poder elogiar su labor; porque al revés del trabajo de su hermana, que es vigoroso, de una factura franca, lo de usted resulta *muy lamido*.

bizbajo fuese el oficial y vendió una rica sortija que tenía, prenda de un amor lejano; pero aun esto tuvo en poco la orgullosa nieta de doña Mesalina, y echó de su lado al cortejo.

Y este dignísimo Licenciado en Derecho, á pesar del tiempo transcurrido desde la lejana edad en que vivió, aún no tiene estatua ni lápida á su memoria en el zagán de algún Palacio de Justicia. ¡Qué

Mas he aqui que el despechado alférez dió en propalar como cierto que se pasaban muy buenas veladas con la ilustre madama del gusto, á cuyas enjocidas orejas llegó la gretaíta especie, y en lugar de quedarle agradecida, porque ello era pregonarle la mercancía, querellóse por justicia, y demandó al infamante.

Este disculpóse ante el juez diciendo que tal había él soñado con tantas ansias y consecuencias, como si fuese realidad. Y á ello apeló aún más la *Veluda*, diciendo que puesto que con tamañas veras lo había disfrutado como si hubie-ra acontecido, que luego la pagase su tarifa.

Justísimo parecióle á su señoría la querrelia, y luego de una breve deliberación, con su conciencia sentenció en esta sabia manera:

«Concedemos poder y derecho á doña Martina Idiáquez, la *Veludilla*, para que en la misma forma que el alférez de guardias valonas, don César de Zúñiga, ha soñado folganza con ella, con todas las pérdidas y ganancias que los dichos juegos acontecen traer por cabo, sueña la tal que fuéronle satisfechos los haberes pecuniarios que tiene costumbre de cobrar por su oficio...»

¶

agravios se ven en el mundo! Cierito que vivimos los humanos como si fuésemos fieras! ¡Bendito sea Dios!

Diego SAN JOSÉ

HUMORADAS

Música de I. Laguna.

I

Dice un célebre doctor,
que los besos, vano aliño
del cariño,
sólo producen dolor;
y que los niños y novios
deben huir con presteza,
sin flaqueza,
de tan funestos aliños:
los niños, por los microbios,
y los novios... por los niños.

Y yo, que soy avisada,
sosegada,
y sin temor,
río y callo,
pues no hallo
en su juicio á ese doctor.

II

Sirve Lola á un senador,
de doncella, y el quitado,
trastornado,
arde por ella en amor:
y ayer que enfermo se hallaba
por el reuma postrado,
su criado
manifestó á unos señores,
que su señó ito estaba
en la cama... con dolores.

Y yo, que soy avisada,
sosegada,
y sin temor,
río y callo,
pues no hallo
en su juicio el senador.

Jerónimo GÓMEZ

¡¡ Vaya usted á los bailes de la Zarzuela!.

Por el artículo 29 Los escritores contemporáneos están atacados de la bombo-manía y de la auto-bombo-manía. Todo Dios literato lo es solamente para ocuparse de sus amigos ó



ADELITA CHULIÁ

Una cupletista que es muy aplaudida en Romea porque cumple como las buenas.

de sí propio. Con la natural diferencia de hablar siempre mal de los amigos y bien de sí propio.

Esta adorable manía de popularidad «per se», sobre autorizarme á referir un suceso íntimo, exclusivamente mío, se presta á consideraciones refocilantes en extremo; pues resulta que mientras, en otro tiempo, los grandes literatos se en-



Ella.—Me gustan estos corsés porque ponen la cadera dura como una piedra.

El (tocando).—¡Ya lo creo que la ponen... rígida!

carnaban en un personaje imaginario detrás del cual paseaban de incognito por sus escritos, los pequeños literatos de hoy cuentan sus pícaras hazañas, á la faz del mundo, firmando y rubricando sus retazos literarios y con la subiguiente coetilla ó potsdata en la que se detallan suficientemente las señas personales, domicilio y demás datos antropométricos para la busca y captura del escritor.

Y, claro, la gente que antes decía que el protagonista de tal obra era su propio autor, ahora no dice nada, porque no sabe de dónde habrá sacado el autor su papel de protagonista.

Yo celebro este recelo justificado de la gente que, así, atribuirá á cualquier otro ciudadano peninsular, el ridículo que yo cuento como mío.

Y vamos al cuento.

Tenía yo veinticinco años, graciosa figura, buen porte y hasta buen pasaporte, pues que era, como suele decirse, mozo de casa abierta.

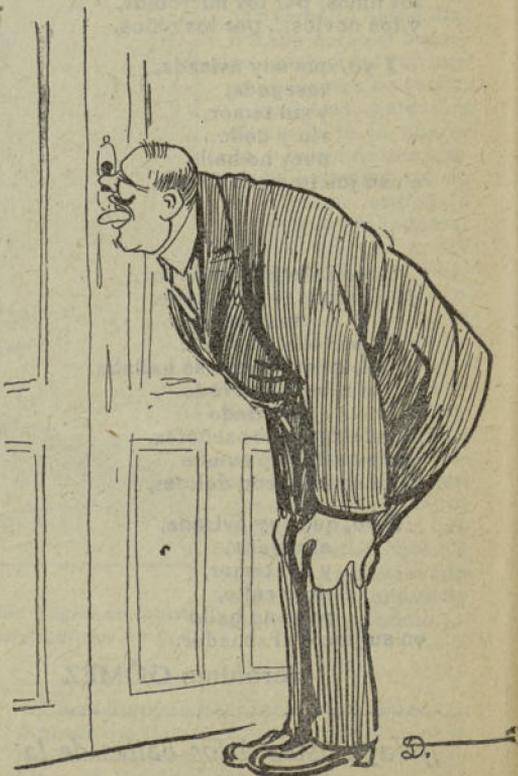
Las novelas habían consumido en su totalidad el fósforo disponible de mi cerebro.

Un día, sin hatillo ni otro exceso de indumentaria que mi melena, blonda en aquel tiempo y ahora blanda ó lecia — como ustedes gusten — parti veloz de mi obscuro pueblo y gané la Corte. Inútil decir que la gané por los pies y no por la mano como hacen otros.

En seguida, me dediqué de lleno al periodismo, ingresando en calidad de meritorio — y, por la tanto, saliendo de vacío — en un diario de la media noche hasta las doce no se voceaba en la Puerta del Sol. Yo decía humorísticamente que, á ese paso, el periódico se publicaría para uso y abuso de los monseñores serenos.

El director, hombre anciano, pero bon-

LA CARA QUE SE PONE SEGUN LO QUE SE VE



Viendo pegar sellos.

dadoso condición ésta algo rara en los ancianos y en los directores) me pagaba su cariño lo que no me deba en dinero. Cotidianamente me facilitaba los vales de los mejores teatros y cuando era preciso interviuar á una «estrella» la elección de reporter recía sobre mí invariablemente.

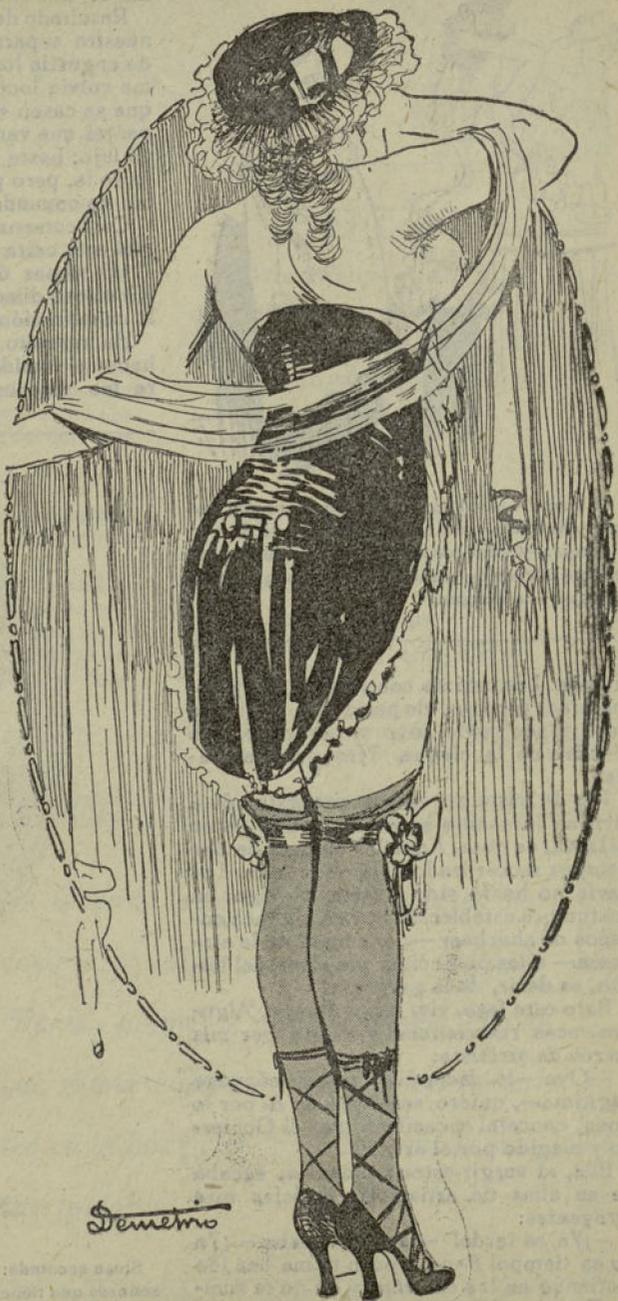
En estas intrincadas «pourparleurs» con las artistas del interviuado era yo, porque me entretenía en relatarlas los substanciosos permenores de mi hambre. ¡Lo único con substancia de aquella tragedia!

Recuerdo de una cómica á quien conocí profundamente y de la cual, no sabiendo qué colocarle luego en el artículo, dije que me parecía muy católica, apostólica y romana, sobre todo romana si se juzgaba bajo el punto de vista de su nariz que era de roma, exactamente. A renglón seguido la hice un chis e muy pillía divagando acerca de las aficiones del Greco, pintor que concedía especial predilección á las narices romas que, una vez en el lienzo, mejor parecían luchas, que fosas nasales, pues se las calificaba de greco romanas.

La citada artista, que era una «segunda parte» —y en su consecuencia poco buena— en un teatro de género chico, fué servida de enviarme un billetito —por lo que el citado fui yo—. fijándome hora para arreglar el asunto de las narices. No hacía el día, porque habiéndome acostumbrado a tropezarla siempre en el mismo, no necesitaba señalarlo.

¿Qué pasó después? Ca-

LA MODA



Sencillísimo traje de levita.



La madre.—¡Ay hija; mucho me ha costao que aprendas oficio, pero estoy satisfecha de tí!

La hija.—¡Como que á ver dónde encuentra usted una oficiala de sombreros que gane ochenta duros en una semana!

si nada. Las narices continuaron tal y como eran, pero yo, de periodista meritorio pasé á ser novio suyo y, por ende, jefe electivo de la claqué. Tres pesetas diarias.

Por lo viste yo estaba predestinado á vivir en incesante aplauso, cuando no de palabra, de obra. Aquellas claques de mis tiempos moceriles lo *splaudían* todo. Todavía no había sido puesta en vigor la costumbre establecida hoy en algunos coliseos de abuchear —por cuenta de la empresa— á las pobrecitas que viven del buche, es decir, de la garganta.

Bajo esta fase, viví largo tiempo. Algunas veces reaccionaba y volvía por mis fueros de arribista:

—Oye —le decía á mi ama y cónyuge ilegítima—, quiero ser diputado ó, por lo poco, concejal encasillado por el Gobierno y elegido por el art. 29

Ella, al surgir estos incidentes, sacaba de su alma de artista las cariclas más atrayentes:

—¡Ya es tardel —me contestaba— ¡Ya no es tiempo! Poco á poco te me has ido metiendo en las entrañas y ya no te vuelto. Y es que hasta ahora no te lo he di-

cho; pero aspiro á que te cases conmigo, eso sí, por el art. 29...

Resultado de una de estas polémicas fué nuestra separación definitiva. ¡Qué días de angustia los que viví lejos de ella! Yo me volvía loco. Sabía de gentes irónicas que se casan «in artículo mortis»; de elegantes que van al matrimonio por artículo de lujo; hasta de quien lo hace por artículo de fe, pero por ese otro artículo, no sabía de coyunda alguna.

Casi comenzaba á olvidarla, cuando recibí esta carta suya:

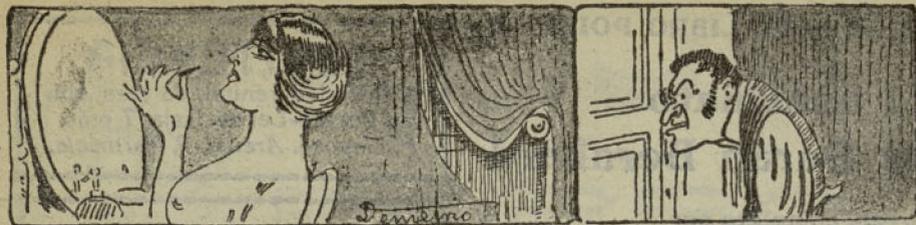
«O vienes ó me embarco hoy mismo. (Gracioso dilema que me hizo pensar en la canalización del Manzanares).

He resuelto dejar las tablas, y si «te hace» el maridaje eclesiástico, desde ahora me dispongo á ser mujercita de mi

LA MODA



Blusa escotada: Es el modelo preferido por las señoras que tienen muchas ocupaciones porque facilita los movimientos.



casa, amante de mi marido y con bastantes hijos, si es posible.

¡Velay! Será un casamiento sin la menor oposición, por el art. 29, ni más ni menos que tus ectas anheladas...

¿Qué puede impedir que yo sea recogida y casera después de que he dado la vuelta á todo el mundo? Nada, en efecto.

Y cuanto á la sucesión que deseo no creo que, por mi parte, haya el menor obstáculo para tener hijos. ¿Verdad que no? Pues decide.

C.>

Y me decidí por esta mujer que me había quitado el hambre á cambio de ponerme cosas de más provecho.

A los curiosos que indaguen cuáles sean los protagonistas de este suceso privado (privado de sentido común) les recomiendo el sistema matrimonial, por el artículo 29 que si no ha envejecido da excelentes resultados prolíficos.

César JALÓN

BOTON

Clara á Felipa contó que una pipa regaló, tras un disgusto, á su amante, y que éste en el mismo instante de un mordisco la rompió.

—¿Y no le pegaste?

—No;

le dejé que se marchara.

—¡Ay chica, si yo me hallara en un caso igual!— á Clara dijo con rabia Felipa:

—¡A mí me muerde la pipa y le señalo la cara!

José LEBRÓN



Querido lector: Aconsejo á usted que compre el Almanaque de "La Hoja de Parra,, porque le hará el mismo efecto que si una mujer hermosa le besara á usted en la boca con los labios entreabiertos: ¡palabra!

Leed en **EL LIBRO POPULAR**

El asesinato de Sarah Bernhard

novela completa por

Prudencio Iglesias Hermida

20 céntimos

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S. A.)

IMPOTENCIA

ó debilidad genital, se cura con
las Perlas-Leroy. Caja, 7 ptas.
F. Gayoso. Arenal, 2, Farmacia.

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas
higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

TRES LIBROS INTERESANTES

Tortilla al ron 3 pesetas.

Los quince goces del matrimonio. 1 "

Misterios del lecho conyugal. 0,50 "

Se envía a provincias el libro que se desee remitiendo su importe, más 0,40 para franqueo y certificado. PIDIENDO LOS TRES LIBROS se envían certificados por CINCO pesetas. Al extranjero van por CINCO francos ó UN DOLLAR.

Los pedidos con su importe, diríjanse únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.

Exportación de revistas y periódicos á América.

Suscripciones á todos los periódicos de España.

Almanaque de "La Hoja de Parra"

Está en prensa un Almanaque en el que los chicos de LA HOJA DE PARRA nos proponemos hacer verdaderas locuras.

Escritores como Dicenta, Répide, Cristóbal de Castro, El Sastre del Campillo, Francés, Diego San José Carrere, Beirano, Carlos Miranda, F. Periquet, Asensio Más, López de Haro, Gil Asensio, Jerónimo Gómez, Cantó, César Jalón, J. Acedo y otros muchos indocumentados, han enviado regocijantes artículos y poesías.

Artistas como Julita Fois la Fernarina, Pastora Imperio, Tórtola Valencia, La Goya, La Maravilla, Pepita Sevilla, Raquel Mel'ei, La Argentina, Bianca Stella, Elvira Ferrero, Vicenta Vargas, Olimpia D'Avigny y Cándida y Blanca Suárez, cuentan desde **El Confesionario** sus intimidades y aventuras amorosas.

De los monos y fotografías se han encajado los pobrecitos Tovar, Demetrio, Cyrano, Robledano, Marin, Galván, Acedo, Walery, Alfonso, Kaulac, Enrique, Calva-che, etc.

Nuestro Almanaque irá impreso en papel «couché», la portada y contraportada serán dos tricolores estupendos, tendrá una barbaridad de hojas y costará .

No queremos decir lo que costará para que la sorpresa y agrado del público sean mayores.

Costará una pequeñez